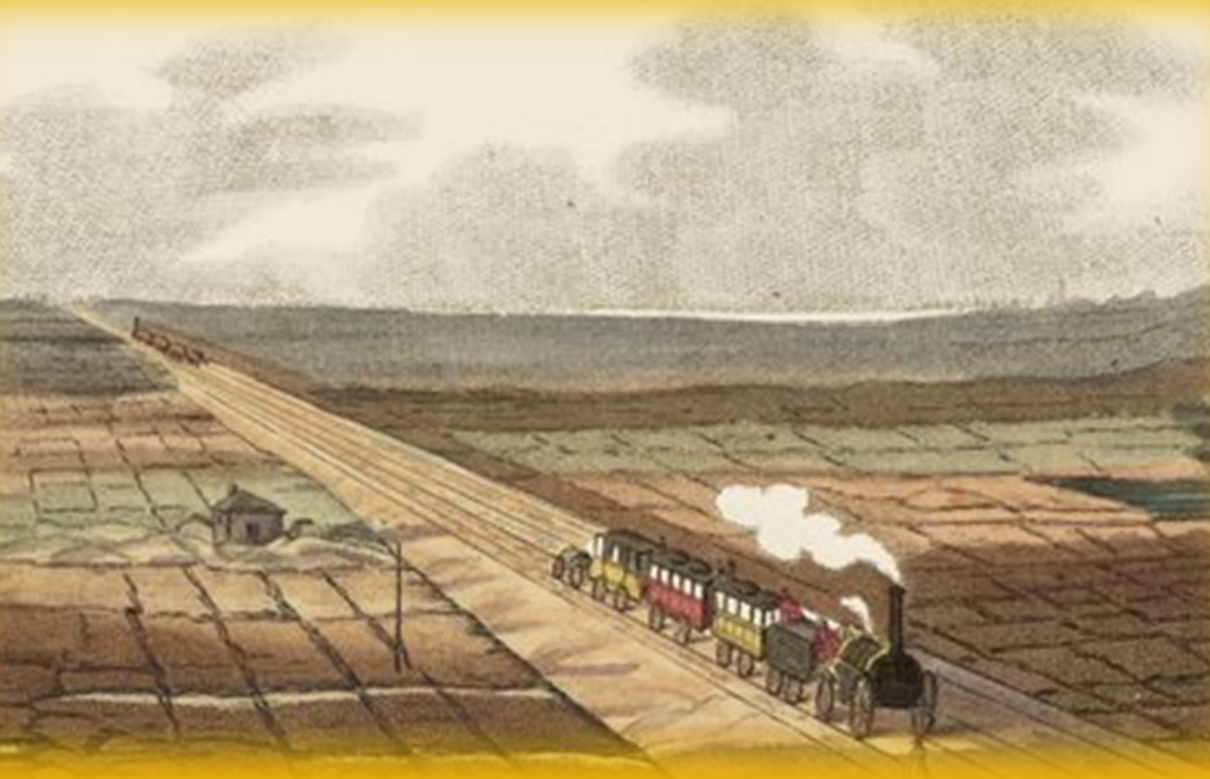


Hector Hugh Munro, *Saki*

El cuentacuentos



LLAC

Biblioteca de Cuentos Cásicos Accesibles

Hector Hugh Munro, *Saki*

El cuentacuentos

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

LLAC, 2025

Autor original:

Hector, Hugh Monro, *Saki*, «The Storyteller», 1914.

Adaptación y edición:

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC), 2025.

Alexander R. Represas, Lucía S. Casado,

Ana Belén Luis y Cristina Sola.

Ilustración de la cubierta:

Anónimo, *El ferrocarril entre Manchester
y Liverpool* (detalle), siglo XIX.

Derechos:

Esta obra es para todo el mundo
y no se puede comerciar con ella.



Templecombe, en el condado de Somerset
(Inglaterra).

El cuentacuentos

Era una tarde calurosa y, por tanto,
en el tren el calor era sofocante.

La siguiente parada era Templecombe,
que estaba casi a una hora de distancia.

Los ocupantes del compartimento eran
una niña pequeña,
otra niña aún más pequeña
y un niño también pequeño.

Los niños viajaban con su tía,
que ocupaba el asiento junto a la ventanilla;
el asiento de enfrente, en el lado opuesto,
lo ocupaba un solterón.

El hombre no formaba parte de aquel grupo que se había adueñado del compartimento.

La tía y los niños tenían una conversación limitada, pero incesante, como el zumbido de una mosca.

La mayoría de las frases de la tía empezaban por un «No» y casi todas las frases de los niños empezaban por un «¿Por qué?».

El solterón no dijo nada en voz alta.

—¡No, Cyril, no! —exclamó la tía cuando el niño empezó a golpear los asientos provocando una nube de polvo—. Ven a mirar por la ventanilla...

El niño caminó con desgana hacia la ventanilla.

—¿Por qué se llevan a aquellas ovejas fuera del campo? —preguntó.

—Supongo que las llevan a otro campo donde hay más hierba —respondió la tía con voz débil.

—Pero si hay mucha hierba en ese campo —protestó el niño—, allí solo hay hierba. Tía, hay mucha hierba en ese campo.

—Quizá la hierba del otro campo es mejor... —sugirió la tía tontamente.

—¿Por qué es mejor? —preguntó el niño.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía.

En casi todos los campos que veían desde el tren había vacas o bueyes, pero la mujer habló como si hubiera visto algo poco común.

—¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? —insistió Cyril.

El solterón fruncía el ceño cada vez más con expresión de disgusto.

«Un hombre duro y poco comprensivo», pensó la tía, incapaz de dar una explicación satisfactoria sobre la hierba del otro campo.

Entonces, la niña más pequeña distrajo el ambiente al recitar «En el camino a Mandalay»¹.

Solo conocía el primer verso,
pero lo aprovechó al máximo,
repitiéndolo una y otra vez con una voz soñadora,
pero firme y sonora.

Al solterón le pareció como si alguien
hubiera apostado con la niña
que no podría repetir el verso en voz alta
dos mil veces sin parar.

Quien hubiera hecho la apuesta
seguramente la perdería.

¹ *Mandalay* es un famoso poema escrito por Rudyard Kipling en 1892. Mandalay es el nombre de la antigua capital de Birmania, que fue colonia británica de 1885 a 1947.

El solterón miró varias veces a la mujer
y luego miró al timbre de alarma.
La tía dijo entonces a los niños:

—Venid y os contaré un cuento.

Los niños se acercaron con desgana a su tía.
Estaba claro que no la valoraban mucho
como cuentacuentos.

La tía empezó a contar una historia en voz baja,
interrumpida a menudo por las preguntas
que los niños hacían con voz chillona.

La aburrida historia que contaba la tía
era sobre una niña tan buena
que hacía muchos amigos gracias a su bondad.

Y al final unos rescatadores la salvaron
de un toro enloquecido
porque admiraban su carácter bondadoso.

—¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas.

Esa era la pregunta que el solterón quería hacer.

—Bueno, sí —admitió la tía sin convicción—. Pero no creo que hubieran corrido tan rápido en su ayuda si no les hubiera caído tan bien.

—Es la historia más tonta que he oído nunca —dijo la mayor de las niñas, muy convencida.

—Dejé de escuchar después de la primera parte, es una historia tan tonta... —dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario, pero hacía rato que había empezado a recitar otra vez su verso favorito.

—No parece que tenga usted éxito como cuentacuentos —dijo de pronto el solterón desde el otro lado del compartimento.

La tía se defendió de aquel ataque inesperado:

—Es muy difícil contar historias que los niños puedan entender y apreciar —dijo, muy tiesa.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo el hombre.

—Entonces, quizá quiera usted contarles un cuento —contestó la mujer.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas.

—Érase una vez —comenzó el hombre— una niña pequeña llamada Berta que era extraordinariamente buena...

El interés que se había despertado en los niños desapareció enseguida:

¡todos los cuentos eran iguales, sin importar quién los contara!

—Berta hacía todo lo que le mandaban
—continuó el hombre—, siempre decía la verdad,
no se manchaba la ropa,
comía pudín de leche² como si fuera tarta,
se aprendía todas las lecciones
y tenía buenos modales.

—¿Era guapa? —preguntó la mayor
de las niñas.

—No tanto como vosotras —respondió
el hombre—, pero era horriblemente buena.

² El pudín de leche era una receta muy popular en Inglaterra a base de pan, arroz o tapioca cocinado en leche con azúcar, una especie de crema que solía darse a los niños como alimento saludable, por lo que muchos lo odiaban.

Los niños volvieron a mostrar interés.

La palabra '**horrible**' unida a '**bondad**'

era una novedad que lo hacía interesante.

Parecía haber algo de verdad en el cuento,
una verdad que faltaba en los cuentos infantiles
que contaba la tía.

—Era tan buena —continuó el hombre— ,
que ganó varias medallas por su bondad
y siempre las llevaba prendidas en su vestido.

»Tenía una medalla por obediencia,
otra medalla por puntualidad
y una tercera por buen comportamiento.

»Eran medallas grandes de metal
que chocaban entre sí cuando Berta caminaba.

»En la ciudad no había ningún otro niño
que tuviera tres medallas,
así que todos sabían que debía ser una niña
extraordinariamente buena.

—Horriblemente buena —dijo Cyril.

—Todos hablaban de su bondad
y hasta el príncipe de aquel país
oyó hablar de Berta y dijo que,
ya que era tan buena,
le daría permiso para pasear una vez a la semana
por su parque,
que estaba en las afueras de la ciudad.

»El parque del Príncipe era muy bonito y nunca había permitido entrar a los niños, así que para Berta era un gran honor poder entrar al parque.

—¿Había ovejas en el parque? —preguntó Cyril.

—No, no había ovejas —respondió el hombre.

Ante esta respuesta, Cyril hizo una pregunta inevitable:

—¿Por qué no había ovejas?

En el rostro de la tía apareció una especie de sonrisa burlona.

El solterón explicó:

—En el parque no había ovejas porque la madre del príncipe tuvo un sueño en el que su hijo era asesinado o bien por una oveja o bien por un reloj de pared que le caía encima.

»Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en el parque ni relojes de pared en su palacio.

La tía lanzó por lo bajo un grito de admiración.

—¿Al príncipe lo mató una oveja o un reloj?
—preguntó Cyril.

—Todavía está vivo, así que no podemos decir si el sueño se hará realidad —dijo el hombre—. De todos modos, aunque no había ovejas en el parque, sí había muchos cerditos correteando por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Eran negros con la cara blanca, otros eran blancos con manchas negras, los había totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran blancos del todo.

El cuentacuentos hizo una pausa
para que los niños se crearan en su imaginación
una idea completa de los tesoros del parque.

Luego continuó:

—Berta se puso triste cuando vio
que no había flores en el parque.
Había prometido a sus tías,
con lágrimas en los ojos,
que no arrancaría ninguna flor del jardín,
pero al ver que allí no había flores que coger,
se sintió tonta.

—¿Por qué no había flores en el parque?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —contestó el hombre—.

Los jardineros le habían dicho al príncipe que no podía tener cerdos y flores en el mismo lugar, así que decidió tener cerdos y no tener flores.

Hubo un murmullo de aprobación por la acertada decisión del príncipe; mucha gente hubiera preferido las flores a los cerdos.

—En el parque había muchas otras cosas preciosas: estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos loros que de pronto se ponían a decir cosas inteligentes y pájaros que cantaban las canciones de moda.

»Berta iba de aquí para allá disfrutando mucho.
Y pensó que si no fuera tan, pero tan buena,
no le habrían dado permiso para entrar
en ese maravilloso parque
y disfrutar de todo lo que había en él.

»Mientras caminaba, sus tres medallas chocaban
unas contra otras
y la ayudaban a recordar lo buenísima que era.

Justo en aquel momento, un enorme lobo
apareció por allí para ver si podía atrapar
un cerdito gordo para su cena.

—¿De qué color era el lobo? —preguntaron
los niños, muy interesados de pronto.

—Toda su piel era del color del barro,
con una lengua negra y unos ojos gris claro
que brillaban con increíble ferocidad.

»Lo primero que vio el lobo en el parque fue a
Berta; su delantal blanco, estaba tan limpio
que se veía desde muy lejos.



Niña con la vestimenta habitual de finales del siglo XIX.

»Berta vio que el lobo iba hacia ella
y pensó que ojalá nunca le hubieran dado permiso
para entrar en el parque.

»Corrió tan deprisa como pudo
y el lobo la siguió dando enormes saltos.

»Berta llegó a unos matorrales de mirto
y se escondió entre ellos.



Matorrales de mirto florecidos.

»El lobo se acercó olfateando entre las ramas,
su negra lengua le colgaba fuera de la boca
y sus ojos gris claro brillaban de furia.

»Berta estaba terriblemente asustada y pensó que si no hubiera sido tan extraordinariamente buena, ahora estaría segura en la ciudad.

»Pero el olor del mirto era muy fuerte y despistó al lobo, que no encontraba el rastro de Berta por más que olfateara.

»Los matorrales eran muy densos y el lobo pensó que tardaría mucho tiempo en atrapar a la niña, así que decidió dejarla y cazar un cerdito.

»Berta temblaba mucho al sentir cerca al lobo que olfateaba los matorrales.

»Temblaba tanto que la medalla de obediencia chocaba con la de buen comportamiento y con la de puntualidad.

»Cuando el lobo empezaba a alejarse oyó el sonido de las medallas y se paró a escuchar. Volvieron a chocar las medallas y el lobo se dio cuenta de que el sonido salía de un matorral cercano.

»Se lanzó contra el matorral y sus claros ojos grises brillaron, con un brillo de ferocidad y de triunfo.

»Arrastró a Berta y la devoró hasta el último bocado. Solo dejó sus zapatos, algunos trozos de ropa y las tres medallas de la bondad.

—¿Mató a alguno de los cerditos?

—No, todos escaparon.

—El cuento empezó mal —dijo la niña más pequeña—, pero el final es bonito.

—Es el cuento más bonito que he escuchado nunca —dijo la mayor de las niñas con convicción.

—Es el único cuento bonito que he oído nunca —dijo Cyril.

Pero la tía no estaba de acuerdo con esa opinión.

—¡Es una historia muy inapropiada para los niños pequeños! —dijo.

»Ha arruinado usted años de buena educación.

—De todos modos —dijo el solterón
recogiendo sus pertenencias,
pues el tren había llegado a su estación—,
los he tenido entretenidos diez minutos,
mucho más de lo que usted logró.

El solterón bajó de tren y mientras caminaba
por el andén pensó en la tía de los niños:

«¡Pobre! ¡Durante los próximos meses esos niños
le pedirán en público a su tía
que les cuente una historia muy inapropiada!».